



Año IV.

Barcelona 31 de Julio de 1890.

Núm. 164.



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. 1'50 ptas. trimestre

Provincias. 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.

LA Semana Comica

LIT. MIRALLES. UNION IT.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA



NUESTROS ESCRITORES.



RICARDO J. CATARINEU

Ayuntamiento de Madrid



Ya está otra vez la buira en el sembrado.

Sin duda para que no perdiéramos la costumbre, han surgido de nuevo las diferencias entre obreros y patronos; la ya vieja cuestión de las huelgas amenaza tomar las proporciones del cuento de nunca acabar y por ahora los ojos vigilantes de la autoridad no se separan un punto de Manresa.

La verdad es que los huelguistas no han podido elegir lugar más á propósito para su objeto.

Porque si éste es

que la tortilla se vuelva
y los pobres coman pan
y el rico que coma... *etcétera*

¿qué sitio mejor para dicha operación culinaria que Manresa, el clásico país de las tortillas?

¿Es la tacañería de los fabricantes la que ha originado el actual conflicto? ¿Es, por el contrario, la exigencia de los operarios?

Cuestión es esta que habrá de resolver el sable de Sagunto y del Zanjón, cayendo, cómo la espada de Breno, en uno de los platillos de la balanza.

Nosotros guardaremos la actitud *expectante*—como decía un municipal—que la autoridad ha tomado hasta el día.

—No hemos de consentir—decía un fabricante—que los obreros se salgan con la suya.

—Pues hacen Vdes. muy mal; si es suya ¿por qué no han de salirse con ella?

—Hace ya una semana que no se encienden los hornos.

—Medida prudentísima, porque estos días no está el horno para bollos.

—Como buen conservador, no he de consentir que se ataque al principio de autoridad.

—Ni á ninguna otra clase de principios. ¡Valiente hambre se han traído Vdes. para consentir semejante cosa!

Si el Gobierno ha enviado un general, los huelguistas han proclamado á otro.

Al general Paro.

Y es difícil vencer á este caudillo que, sin ser tangible, está en todas partes, que no monta á caballo y sabe montar en cólera, que no lleva llorón y hace llorar, que no luce uniforme y consigue la uniformidad de la huelga.

¿Quién decía que los príncipes de la milicia, ó capitanes generales de ejército, cobraban pingües sueldos por no hacer nada?

Aquí tienen Vdes. al tutor del actual ministerio, desempeñando por amor al arte un puesto inferior á su categoría; y del mismo bélico ardor se halla dominado el general Jovellar, que un día de estos

saldrá para Filipinas y fijará su residencia en cualquier punto de dichas islas.

Ya tengo gana de ver qué punto filipino es ese.

Probable es que ahora el marqués de la Habana reivindique para sí la capitania general de la ciudad cuyo nombre lleva por título y que el conde de Cheste le ponga pleito á Martínez Campos por creerse con mejor derecho que éste para desempeñar la jefatura militar de Cataluña.

En efecto ¿no es Cheste director de la Academia de la Lengua?

Y ¿no es hasta ahora un puro derroche de lengua la cuestión de las huelgas catalanas?

No pensemos que ninguno de estos viejos militares ha de abusar de su prestigio en el puesto activo que ahora van á ocupar, ni mucho menos que intenten cobrar el barato.

Que aunque el mal humor que da la ancianidad les hiciera excederse ¿cómo hemos de decir que «cobran barato» los que tienen seis mil duros de sueldo anual?

Como ha tronado estos días, todos nos hemos acordado de Santa Bárbara.

Y ante el nuevo ataque de los moros, hemos recordado que nos falta un cable entre la península y nuestras posesiones de Africa, que Ceuta necesita fortificarse (con hierro ¡es claro! como los niños débiles) que el Peñón está haciendo equilibrios sobre el golfo de Guinea y que Melilla tiene poca guarnición.

Y el Gobierno, sin embargo, está haciendo alardes de guarnicionero.

Lo digo porque, para ser conservador, tiene demasiada correa.

El incidente de Melilla ha resultado que

*no es nada; un soldado muerto
puede el baile continuar!*

Y por consiguiente, todo habrá de reducirse á una reclamación diplomática que la astucia marroquí sabrá eludir en Tanger, porque el Sherif dirá desde allí, ¡como si lo estuviera oyendo!:

—*Noli me Tanger.*

Es decir:

—No me vengais aquí con pamplinas, porque yo no mando en las kabilas del Riff, por más que rebeides y todo, estén haciéndome el caldo gordo.

Como, ante todo, se trata de regularizar las comunicaciones entre Málaga y los peñascos africanos, va á ensayarse la cría y domesticación en dichos puntos de las palomas mensajeras.

Tratándose de comunicaciones por mar, parece mejor que se crease un cuerpo de «peces mensajeros» pero al fin esto es pecado menudo.

Lo peor es que los palomares pueden perjudicarlos mucho en caso de un conflicto.

Porque la cría de palomas dará lugar á un número crecido de palomitos atontados.

Con motivo del atentado la nota pesimista imperaba en la prensa de estos días.

Y la verdad es que hay para temblar por nuestro crédito internacional.

Milagro será que el mejor día no envíen al corral á la política española.

Fijense ustedes en que de cuando en cuando nos enseñan significativamente la media luna.

Malos vientos corren de Buenos Aires.

Sea que aquella gente, como lleva sangre española, tiene nuestra misma diátesis, sea que los emigrantes han llevado al Río de la Plata los gérmenes del discolo carácter castellano, el caso es que se ha armado allí la gorda y que á estas horas ya habrá enflaquecido, porque dicen que ha triunfado y en cuanto la gorda sube al Gobierno ¡ya se sabe! empieza á desmejorar y aparece otra gorda en puerta.

La primera medida de los revolucionarios ha sido poner preso al ministro de Hacienda.

Eso prueba que se iban derechos al bulto.

Han buscado la llave de la despensa antes que la llave del portal.

¿Ejecutarán al ministro?

No se sabe; pero él por poco causa la «ejecución judicial» de los bonaerenses.

El mal estado del país atribúyese, en efecto, á la deplorable gestión financiera del Gobierno derrocado.

Parece que el oro andaba por las nubes y que no circulaba más que papel.

Ya saben, pues, los nuevos políticos como harán buen papel en Buenos Aires.

No haciéndolo.

LUIS ROYO VILLANOVA.

CONTRASTES



BIEN sabe Dios... es decir, me figuro que lo sabrá, porque dicen que lo sabe todo; bien sabe Dios, repito, que celebraría yo poseer la inspiración envidiable de nuestro compatriota el insigne Jesús Monasterio, para crear ahora un *Adios á Barcelona*, como creó él su *Adios á la Alhambra*, que es la admiración de cuantos saben entenderlo y el encanto de los que podemos sentirlo.

Por desgracia acontece á menudo (á mí me ocurre siempre) que lo que mejor se siente suele ser lo que peor se expresa, y he de renunciar, como en otras ocasiones he renunciado, á traducir con palabras lo que dentro del corazón hay y lo que en el cerebro palpita.

En el cúmulo confuso de ideas, en el amontonamiento de impresiones que me llevo á la villa y—¡cuánto me cuesta escribir este vocablo!—corte, se destacan dos pensamientos principales: *Asombro*, *Agradecimiento*; asombro producido por la contemplación de lo que esta gran ciudad eminentemente moderna ha progresado en muy pocos años hasta colocarse á la cabeza de todas las de España (Madrid inclusive); agradecimiento por la no merecida benevolencia con que me ha tratado. De esto último no he de escribir una palabra más. Tengo para con el público y para con la indulgente, cuanto ilustrada, prensa de Barcelona una deuda que no podré pagar nunca; reconozco lealmente esa deuda, la anoto en el registro más hondo de mi alma y me declaro insolvente. Lo de mi admiración tampoco necesita justificarse; basta llegar y ver, para convencerse de que es motivada.

Podría yo describir aquí, si á tanto llegasen mis fuerzas, la inolvidable expedición á *Miramar* y á *Vallvidrera*; la visita al Museo Balaguer; la permanencia en Badalona y en S. Juan d' Espí, pero esto resultaría interminable porque, á cada una de esas

impresiones sería necesario dedicar muchas páginas.

Los cortesanos, á quienes lisonjea el recuerdo de sus Jardines del Buen Retiro (los pulmones de Madrid, como los ha llamado algun chusco) habríanse maravillado seguramente, escuchando aquí, en un rincón apartado de estas montañas, los acordes de una orquesta admirablemente dirigida y las voces de músicos obreros, dirigidos por Cristiá, y que cantaban piezas llenas de vigor y de originalidad como *Los nets dels Almogàvers*.

En S. Juan d' Espí, en el jardín de la antigua casa del senador D. José Maluquer, bajo la inmensa bóveda oscura sembrada de estrellas, en el silencio profundo de la noche, las notas emitidas por el clarinete mágico de Salvatori, adquirirían un encanto particular, que seguramente no se conoce en los suntuosos salones de los conciertos más aristocráticos.

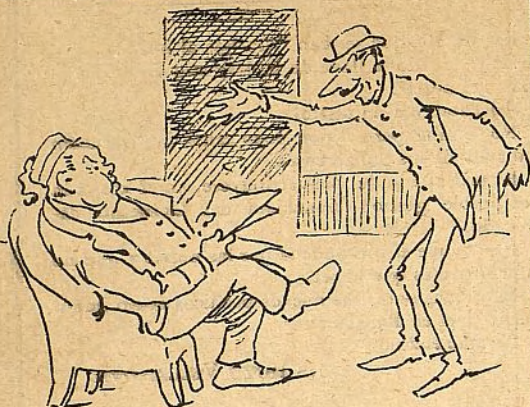
Pero no fué solamente eso lo que pudo asombrar al que por vez primera visitaba aquel rincón de la provincia; los obreros que consagran sus ratos de descanso y de esparcimiento á la música son ya conocidos en Madrid desde que el inolvidable Clavé, llevó allá su *institución*, —tan artística como política, acaso más política que artística—hace algunos años; lo singular, lo extraño, lo verdaderamente peregrino es que entre esos obreros mismos que durante el día se consagran á las rudas faenas del taller ó de la fábrica, que en las horas de la noche se consagran al estudio de la música, hay quienes son correctos, elegantes y discretísimos oradores.

Cuando oía yo hablar, con palabra fácil, con ademán adecuado, con frase precisa, á los Sres. Giralt y Benages, no podía menos de preguntarme: ¿Pero son de veras trabajadores estos oradores, ó estoy yo soñando, ó por ventura los atentísimos dueños de la casa están dándome una broma deliciosa?

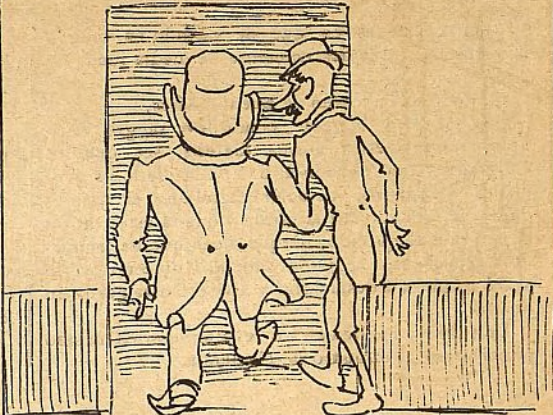
No, no era broma; aquella era una fiesta que al señor Maluquer y á su familia dedicaban tan honrados obreros; fiesta especial, especialísima, de la que no pueden formarse en Madrid una idea y en la que, para que nada faltase, abundó el bello sexo á quien la señora y la señorita de Maluquer recibieron y obsequiaron con la distinción y el agrado que son las prendas características de su trato.

PERIPECIAS ENTRE D. REFRIGERIO

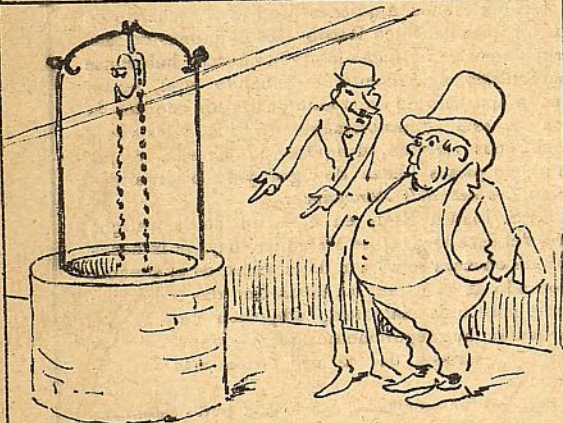
Tercera peripecia.



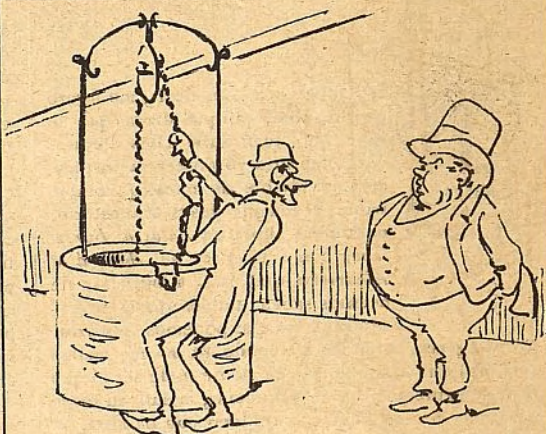
1. D. Estimulante se presenta en casa de su amigo D. Refrigerio



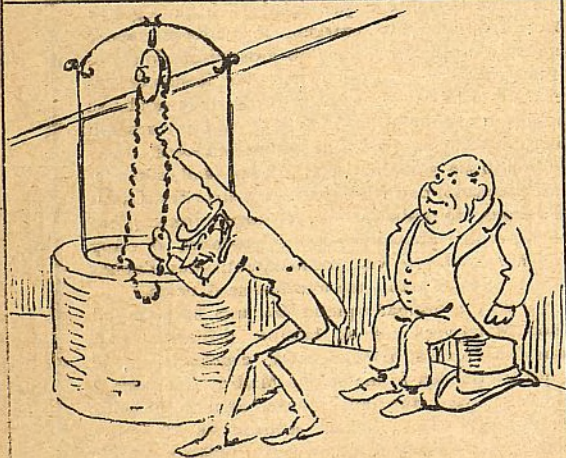
2. Y se lo lleva á ver una finca que ha comprado



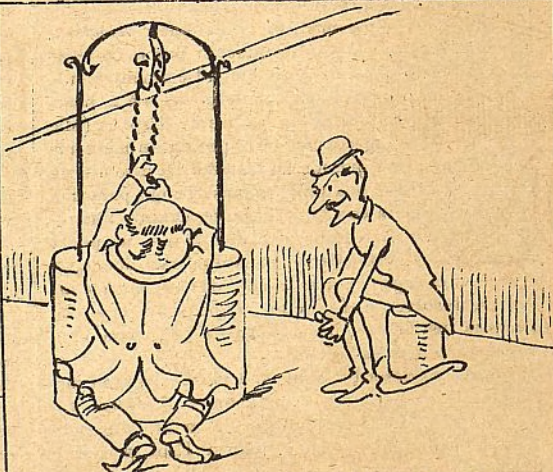
3. Donde, según él, hay un pozo sin fondo



4. Lo cual comprueba tirando de la cadena durante una hora.

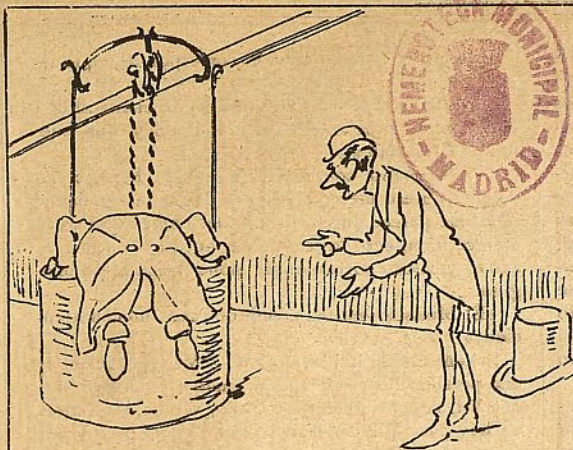


5. Sin que la cadena termine

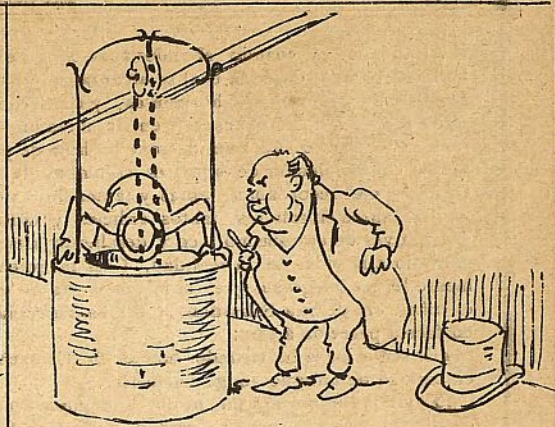


6. D. Refrigerio se persuade tambien de que el pozo no tiene fondo tirando un par de horas.

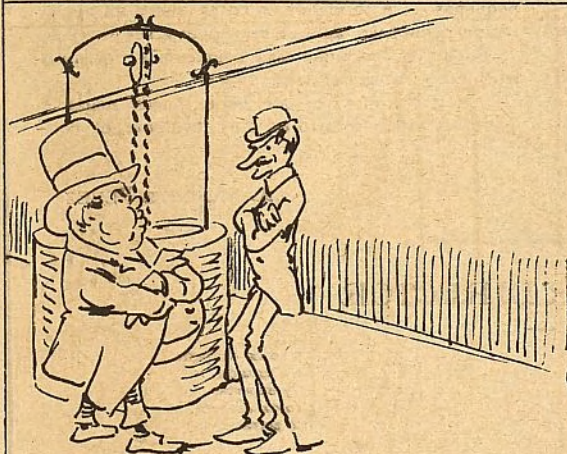
Y D. ESTIMULANTE, POR M. GONZALEZ.



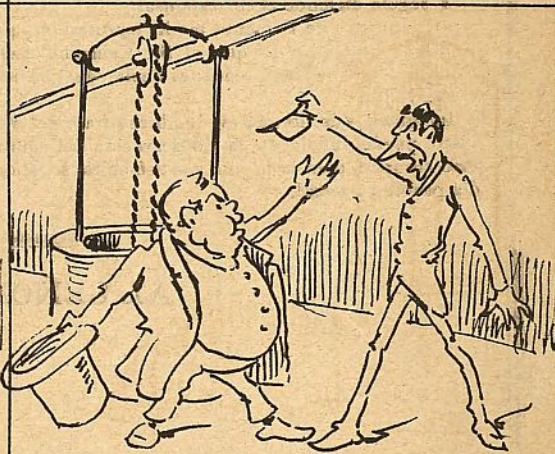
7. Y despues mira... y no ve fondo



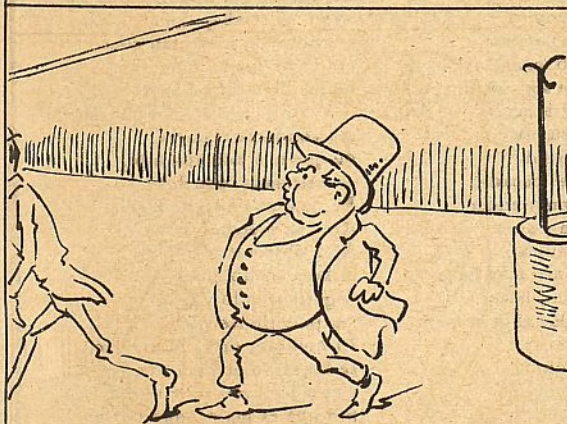
8. Hace lo mismo D. Estimulante



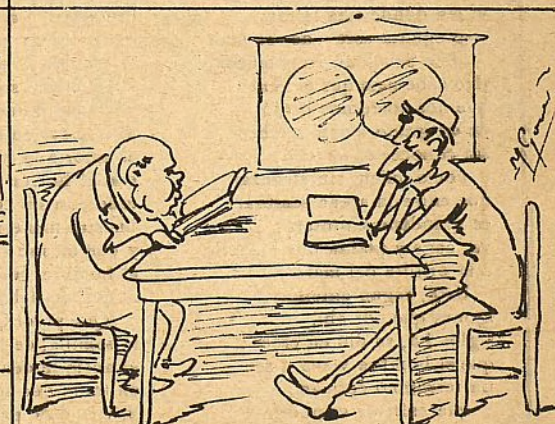
9. Con lo cual, se miran frente á frente



10. ¡Oh, alegría! ¡el pozo llega al centro de la tierra!



11. Y convencidos de ello, marchan inmediatamente



12. Y se ponen á estudiar el asunto.

(Continuará.)

Alboreaba ya cuando abandonábamos aquella hermosa galería, desde la cual se alcanzan á ver dilatadísimos y pintorescos horizontes, y cuando me retiré á mi habitación encontré en la mesa un periódico de Madrid. La vista de aquella hoja de papel; la contemplación de aquellas columnas de letras que me recordaban tantas y tantas horas de vigilia, tantos sinsabores, tantos anhelos y tantas alternativas de entusiasmo loco y desaliento triste, me trajo á la vida de la realidad. Casi maquinalmente leí un telegrama que, si mi memoria no me es infiel, era de San Sebastian, y estaba concebido en forma parecida á esta:

«El señor Isasa ha visitado hoy al Sr. Camacho en calidad de antiguo amigo particular.»

¿Y qué me importa á mí, ni que le importa á nadie de esta visita? pensé. La verdad es que el afán de telegrafiar comienza á tocar los límites de la caricatura. ¿Que Isasa visitó á Camacho? ¿Y que bien nos vienen con esa gracia! — ¿Que lo visitó en calidad de antiguo amigo! — ¿Y que más da eso?

Y seguía diciendo el corresponsal:

«El ministro de Fomento me ha manifestado que se alegraba mucho de que el Sr. Camacho haya caído del lado de los buenos; es decir, del partido conservador.»

Imaginen Vds. lo que esa luminosa frase del Ministro puede influir en la conservación del equilibrio europeo, ó en la pronta y satisfactoria solución del problema social.

Pero no terminaba aquí el corresponsal, que seguía diciendo:

«A esto le he contestado que segur el cristal con que se mira, porque otros dirán que dejó los buenos por los malos.»

Perfectamente contestado; si, señor. Pero ¿creen ustedes qu eso merece la honra de ser telegrafiado? A mi me parece que no; como me parece que no la merece tampoco la siguiente noticia con que el activo y celoso corresponsal pone firma á ese telegrama:

«El Ministro me ha recibido con mucha atención.»

Si señor: si le habrá recibido á Vd., porque él es una persona bien educada y amable y además porque Vd. se lo merece todo; pero, vamos, esas cosas no hay para qué decirlas; se caen de su peso y por sabidas se callan.

De mí se decir que despues de haber pensado tantas horas en cosas grandes, me produjo efecto malísimo advertir que habia quien pensase en cosas pequeñas.... A lo menos en cosas que á mi me parecían pequeñas; aunque bien podría ser que fuese yo el equivocado y que esas ocurrencias del ministro fueran trascendentales.

De todos modos, lo que nadie puede negar es que entre esto y lo otro es muy evidente el contraste.

A. SANCHEZ PEREZ.

AL SEÑOR DIRECTOR

que hace poco se ha ocupado
de un *punto*, para tratado
por gente ducha y experta;
mas no en una *carta abierta*,
sino en un cuarto cerrado.

De la corrupción social nos habla usted muy formal en su artículo feliz, y: ¿en dónde está la raíz — pregunta usted — de ese mal?

¡Por San Juan Nepomuceno! ¿No sabe usted que el veneno que nos corrompe brotó de un grano que se sembró sin conocer el terreno,

como quien, sin alcanzar que entre la arena sembrar es grandísima tontera, va, coge y planta una higuera á la orillita del mar?

Usted, según entendí, ignora que por ahí, siglos há, se dió en creer que el hombre venía á ser un terruño ó cosa así, que cultivar se podría y que si en él cualquier día, luego que se le labrara, un ciruelo se plantara,

ciruelas produciría; cuando en lugar de ciruelas, probablemente habichuelas brotarían, ó cominos, ó alcachofas, ó pepinos, ó lechugas... ¡ó tachuelas!...

Pasó esto sin ser notado, pues que le fué inculcado al hombre en su juventud el amor á la virtud con el horror al pecado; todo ello sin comprender nuestra manera de ser y que más se satisface el hombre, cuanto más hace lo que no debiera hacer.

¿Qué pasó? Que al germinar la semilla, de pecar el ansia le denominó, en tanto que se olvidó la virtud de practicar. Si «sé casto» le decían ¡qué deseos le invadían de cometer un exceso!...

Y nada más que por eso, porque se lo prohibían. Si «leal», era traidor; vago, si «trabajador»; si «honrado», su afán constante era el de ser un tunante de los de marca mayor...

Y ahí tiene usted por qué impera esa conducta rastrera de que nos hablaba usted, mi estimado don José Fernández de la Reguera. ¿Que se pretende inducir de la obscenidad á huir al hombre libidinoso? Seguirá siendo vicioso sin poderlo resistir.

El hombre, de orgullo lleno, se lanza en el desentreno, y es malo... ¿no sabe usted por qué es malo? ¿que por qué? ¡pues porque debe ser bueno!

Y yo creo francamente, muynatural y corriente

que esté el mundo pervertido...
¡Si el hombre sólo ha nacido
para ser desobediente!...

Cuanto á nuestra conversión,
no será pura ilusión

cuando se haya declarado
que es la castidad pecado
y virtud la corrupción.

Así el camino se allana.
Si virtud fuera mañana

lo que hoy es *fruta prohibida*
¡en treinta años, extinguida
quedaba la especie humana!.

FERNANDO SEGURA.

SUSPIROS Y MELONES



Declinando ya el sol por las montañas vecinas, caminito del melonar iban con tardo paso Mónica y Roque, la muchacha más garrida del pueblo y el mozo más apuesto de la aldea, ambos ensimismados y cavilosos; ella con la cabeza baja, arrancando al paso las florecillas que festoneaban la senda, y él, baja la cabeza, sacudiendo al pasar con una vara los arriales que al borde de la senda crecían. El valle se poblaba poco á poco de sombras; allá detrás se adivinaba el lugar por las columnas de humo que salían de entre los árboles, subiendo en espirales por la serena atmósfera; el aire se traía en sus alas el cencerreo de los rebaños que tornaban á los rediles, y las voces, relinchos y chasquidos de trallas de las eras cercanas, y los aguzanieves comenzaban á rastrear á tontas y á locas por las cercas de pedruscos de los prados, señal segura de que se echaba encima el anochecido.

Ninguno de los dos hablaba palabra, pero él la miraba á ella con el rabillo del ojo y ella le miraba á él con disimulo, y aquel relampagueo de sus pupilas se chocaba á las veces encendiendo el rostro de la muchacha y haciendo volver la vista á otro lado al mozo, no sin decir antes la mirada de Roque con mucha elocuencia: «¡Si supieras lo que te quiero!» á lo que parecía contestar con no menos elocuencia la mirada de Mónica: «¡Pues ya podías soltarlo de la boca!» Porque era muy particular lo que acontecía. Nadie ignoraba las pretensiones de Roque acerca de Mónica; él mismo las manifestaba públicamente dando á la chica serenatas, cortejándola sin rebozo, distinguiéndola siempre entre sus amigas, y á todo esto no pasaba de palabras finas y galantes, pero sin llegar á descubrir nunca aquel fuego en que debía de arder su corazón. Y como ella no le ponía cara hosca, sino harto risueña y expresiva, dábale á Barrabás perpleja y desconcertada, no sabiendo qué pensar de un semejante soso que la adoraba con los ojos y nada le decía con la boca. En fin, tal vez aquella tarde la manifestara algo el mozo, pues sabiendo que ella tenía que ir á arrancar unos melones, habíale salido á los encuentros en el camino como buscando una ocasión de hablarla á solas. Vivían, pues, ambos en el reino de las batuecas, que no otra cosa significaban las ilusiones que hasta el presente les servían de alimento.

Y andando, andando, avistaron el melonar, atravesaron un campillo erizado de frutos, soltaron el

agua de la alberca por los regazos, y luego comenzaron á cojer los panzudos melones sazonados ya y en punto de apoplegia de puro gordos y pletóricos. Y nada; ella se entregó á su faena en silencio, y él se puso á ayudarla. Pero, sin duda Roque se proponía romper el hielo. Acercábase á la muchacha, se alejaba después, aproximábase en seguida y no acertaba á estar quieto como al que le hormiguea algo dentro, que le estorba. Decidióse al cabo, preparó mentalmente un exordio de finezas, lo más retórico que pudo, irguióse de pronto y dijo con la voz algo trémula:

—Mónica.

La chica sintió que el corazón se le disparaba al galope, un calofrío repentino la recorrió el cuerpo, y la emoción la tiñó las mejillas de grana. ¡Gracias á Dios que iba á explicarse el hombre! Pero, muy ladina, no quiso Mónica que su rubor la vendiese; fingió gran resistencia en un melón á dejar arrancarse, y algo repuesta, se enderezó de repente, y clavando sus ojos en Roque, le respondió mirándole de hito en hito:

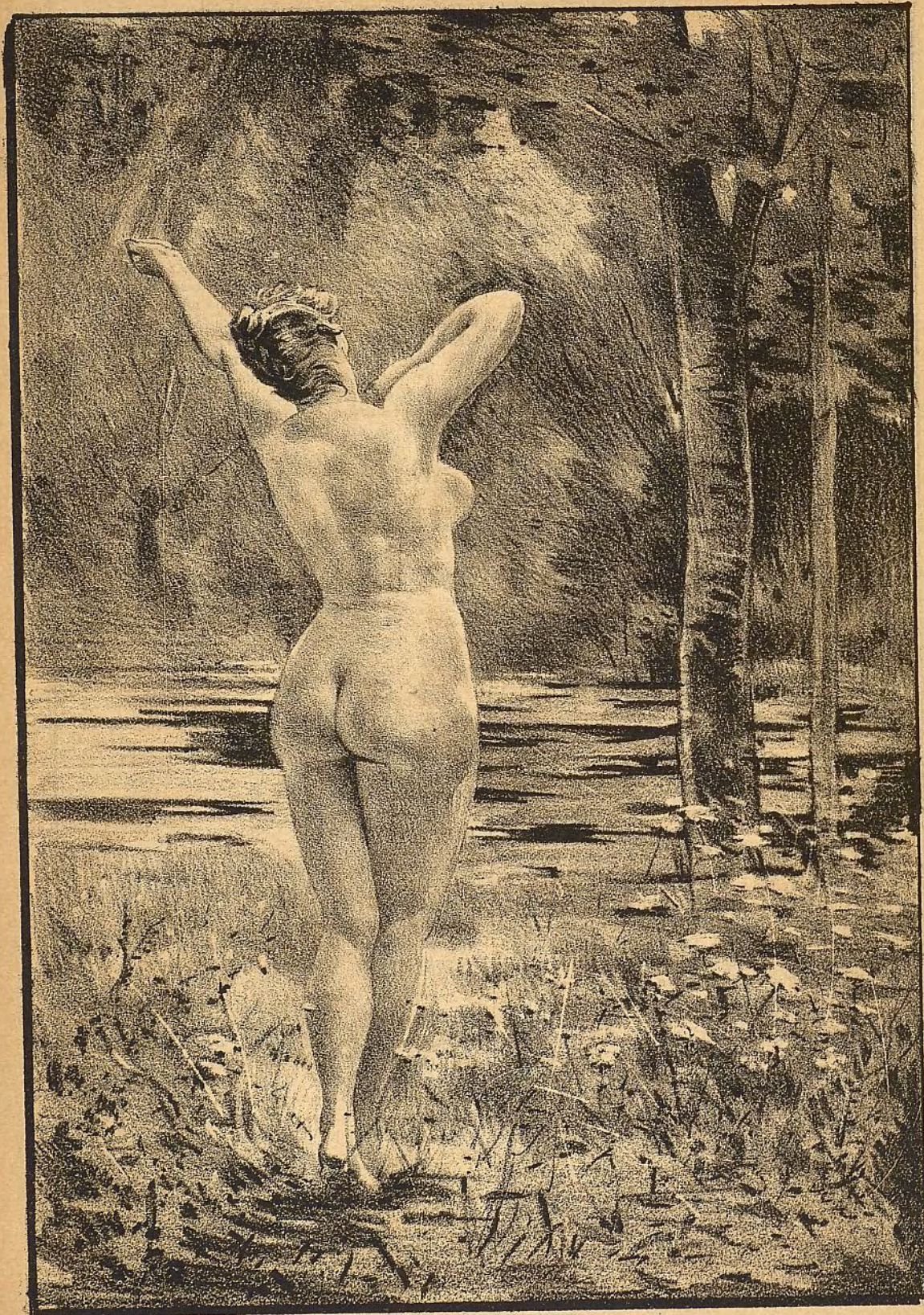
—¿Qué quieres?

¡Adiós, mi dinero! Aquellos ojos de Mónica, llenos de preguntas y fijos en él, desconcertaron por completo al tímido galán, dieron al traste con su pujanza, se le olvidó de repente el discurso, se le atragantó la saliva, trabósele la lengua, y como la chica seguía mirándole en demanda de lo que le iba á comunicar, concluyó el pobrete de perder el poco dominio de sí mismo que aún conservaba, y enteramente aturrido, enrojeciósele el rostro y se calló. Pero ella contrajo la cara con un gesto de disgusto, él comprendió el ridículo en que se encontraba, hizo un esfuerzo supremo para vencer su mutismo y soltar su declaración amorosa, aunque hubiera salido disparada como un tiro, y no hallando manera de darle comienzo, por hablar algo, soltó la más estupenda tontería que se ha oído y balbuceó:

—Pues, iba á decirte que sino arrancábamos también sandías...

Un golpe de risa formidable, tremendo, irresistible, acometió á Mónica, y á pique estuvo de escupir involuntariamente tal explosión de hilaridad sobre el compungido rostro del amante. Luego se apartó un tanto, y para disimular el efecto que aquellas palabras le habían producido, se enfrascó en la faena de arranque que allí les conducía, procurando reportarse y contener el hervor de las carcajadas que á la boca le subían. Intenciones tuvo la muchacha de acabar de hundir á Roque con una frase de burla, pero la dió lástima, que al fin le quería, y le replicó esforzándose para aparecer reposada y grave:

—Arráncalas también y nos las llevaremos.



EL DESPERTAR
(Cuadro de H. E. Delacroix.)



COQUETERÍA
(Cuadro de Croegaert.)

No hubiera creído nunca en él tal encogimiento. ¡Cómolo... Con que la cortejaba sin rebozo y la requería en público, se la disputaba á los demás mozos, no era lerdo para dirigirle galanteos y finezas y cuando á solas se le ofrecía ocasión de hablarla, y en el rostro conmovido se le adivinaba la intención de declarar sus ansias amorosas, saltaba con semejante patochada. Y el caso es que ella presentía en él un cariño verdadero y firme, y ya el mozo se lo había probado con su conducta. ¡Puede que esperase él que ella le dijera su amor la primera! ¡Si sería tonto! ¡Vamos, había para deshacerle entre los dedos!

Y mientras, el aturdido Roque dábale á todos los demonios, y hubiera querido encontrarse á siete piés bajo tierra. El mozo no era lerdo y no dejó de penetrarse del ridículo en que se hallaba. ¡Pero si no se daba cuenta de lo que le acontecía! Nunca le había pasado otro tanto. Y cuidado que trató de reponerse varias veces y aun se repuso, pero enseguida que pensaba en iniciar de nuevo su declaración amorosa, se descomponía, tornaba á perder su serenidad, todo el melonar le daba vueltas, no encontraba oportunidad ni palabra conveniente, sentía otra vez invencibles entorpecimientos en la garganta, y temeroso de otro fracaso, seguía callando como si fuera mudo y arrancando melones. ¡En su rabia se hubiera arrojado de cabeza á la alberca!

Se fué la tarde, echóse encima la hora de vuelta, colocaron parte de los melones cogidos en el cesto, con el que cargó el fornido Roque, y dejando el campillo, enderezaron la moza y el muchacho sus pasos por la senda, en derechura al pueblo, como á la ida ensimismados y caviñosos ambos, ella con la cabeza baja y triste y él triste y con la cabeza baja.

Mónica alentó la última esperanza: ¡caso se atreviera por el camino! Pero el soso no desplegó los labios, ó si habló fué de cosas insulsas é indiferentes.

Llegaron al caserio á punto de anochecido, pero aún con alguna claridad y en sazón que un señor largo y seco, de sobra juanetudo y mal avecinado de costillas, por lo que el holgado levitón le colgaba de ellas como de una percha, se despedía del padre de Mónica. Aquel chupado sugeto era el respetable médico del pueblo, grande amigo de la familia de la muchacha y en cuya vivienda paraba todas las tardes de vuelta de paseo, para darle gusto á la lengua, en lo que parecía gozar de gran complacencia.

Y el bueno del médico avistó al despedirse á Mónica y á Roque, que doblaban por un recodo de la senda. Detúvose el Galeno á esperarlos y en cuanto estuvieron á tiro, con muy maliciosa cara y muy alegre gesto, retozándole los vivos ojillos tras de los cristales de las gafas, díjoles á los muchachos con cierto picaresco tono:

— ¡Que! ¿se ha cogido mucho? ¡Has estado de arranque por lo que veo, Moniquilla!

Entonces, al considerar que ya no había lugar á arrepentimientos ni remedios, y que por aquella vez también había fracasado la declaración amorosa del mozo, tuvo la muchacha un impulso de rabia y despecho, y con burlón y desadado acento dirigió á Roque una mirada intencionadísima y profunda, y exclamó como respondiéndole al médico, pero disparándose al encogido amante:

— Si, señor, ¡hemos echado la tarde á melones!

ALFONSO PEREZ NIEVA.

SONETOS

A REMOLQUE

A mi entrañable amigo Felix Mendez.

Cargado de risueñas ilusiones
este débil bajel del alma mia,
me hice á la vela, con la fé por guía
en el revuelto mar de las pasiones.

Luchando con los fieros aquilones,
encontraba un escollo cada día
y tuve que cambiar la mercancía
por tristes y penosas decepciones.

Todo cede al furor de la tormenta:
gloria, amor, esperanzas, sueños de oro,
serenas brisas de feliz presagio...

Si hay algo que me anima y que me alienta,
es la amistad: ¡el único tesoro
que he podido salvar de mi naufragio!

FRANCISCO CAPELLA.

DIFFUGERE NIVES...

Mas de una vez te oí, Tula querida,
decir que en el amor nunca tuviste
ni esperanza ni fé, porque no viste
en él más que un tormento de la vida;
que es corazón de nieve el que se anida
en tu pecho, y es fuerte y se resiste,
y que ayudada de él siempre venciste
al amor en la lucha sostenida.

Celebro que sea así, pero te advierto
que el amor vencerá y entonces, Tula,
si eso del corazón de nieve es cierto,
como en suma el amor es una hoguera,
sobrevendrá el incendio y... tú calcula
si es buen baño interior el que te espera.

TEODOSIO DE ACEVEDO.

CARTA MADRILEÑA (I)



CONOCI á Peral en el último viaje que hizo á Madrid; le oí hablar durante dos tardes en casa de su amigo Novo y Cólson y una noche en el *Círculo Artístico Literario*; escuché las explicaciones que hizo de su invento; admiré como respondía á las gentes cuya ilustración científica podía medir bien el alcance de sus afirmaciones, y formé el propósito de ir á Cadiz cuando se aproximara el día de las pruebas.

Cumpliendo la promesa que yo á mi mismo me había hecho, fui á Cadiz, antes de mediar el mes de Marzo, y aunque no pude presenciar los experimentos por haberse estos suspendido, tuve la grandísima satisfacción de pasar algunos días en San Fernando y de hacer á Peral largas visitas, durante las cuales se ha robustecido mi fe en su maravilloso ingenio y mi esperanza en el éxito de su invento.

Conste que he escrito fé y no convicción. Para quedar convencido, es preciso poseer conocimientos técnicos de mecánica, de construcción naval y de construcción naval y de electricidad, que yo no tengo, mas ninguna ilustración científica es menester para sentirse atraído y subyugado por la palabra de Peral.

Basta verle una vez para comprender que no es un soñador ni un farsante, sino un hombre que de buena fé, y teniendo por base una instrucción vastísima, cree haber resuelto, ó en realidad ha logrado descubrir, el secreto de la navegación submarina aplicada á las necesidades—no quiero decir el arte—de la guerra.

Peral explica á todo el que se le acerca el mecanismo de su barco: sólo en un punto guarda reserva: en el que se refiere al aparato de profundidades. Y es verdaderamente asombroso escuchar cómo responde á todas las preguntas que se le dirigen, á todas las objeciones que se le hacen, demostrando que ha previsto y remediado de antemano cuantos entorpecimientos se le pudieran presentar en el desarrollo de su plan. Basta conversar un rato con él para comprender que no ha pensado en realizar la casi fantástica novela de Julio Verne; su propósito se limita á poner en manos de la patria una máquina de guerra que navega bajo el agua, que relativamente cuesta poco dinero, y con la cual se pueden defender nuestras costas de las más poderosas escuadras. El *Peral* podrá sumergirse á treinta ó cuarenta metros de profundidad, navegar en todas direcciones, contrarrestar las más violentas corrientes y disparar torpedos. Su radio de acción

es de trescientas millas: su velocidad de diez millas por hora.

Pero es necesario tener en cuenta que Peral, cuya prudencia es igual á su arrojo, ha hecho todos los cálculos bajos: así, por ejemplo, calculó que podría andar á razón de diez millas por hora, hizo pruebas para comprobarlo, durante éstas surgió un desperfecto hijo de la mala fabricación de una pieza que inutilizó una de las dos hélices que tiene el barco, y continuando luego el experimento con una sola hélice caminó á razón de diez y seis millas por hora.

Peral vive en San Fernando en una calle cuyo nombre no recuerdo y en una casa de modesto aspecto. Eran poco más ó menos las nueve de la noche la primera vez que allí le visité. Tras la cancela de hierro, propia de casi todas las moradas andaluzas, se veían unas cuantas macetas y algunas sillas de regilla. Ni un detalle de lujo; mucha limpieza, mucho orden y nada más. En todo se adivinaba la mano de una mujer. Ibamos Ortega Muni-lla y yo. Peral salió á recibirnos hasta la puerta y nos llevó á una sala como de setenta u ocho metros de largo por cuatro de ancho: en el piso estera blanca y fina; en los huecos de los balcones corinas de hilo encima de una mesa los retratos de sus compañeros de glorias y fatigas, y colocada sobre una silla la Virgen del Pilar, bordada en fondo azul con hilos de oro, que le ha regalado un modesto trabajador de Zaragoza, gastándose en el obsequio los ahorros de algunos años.

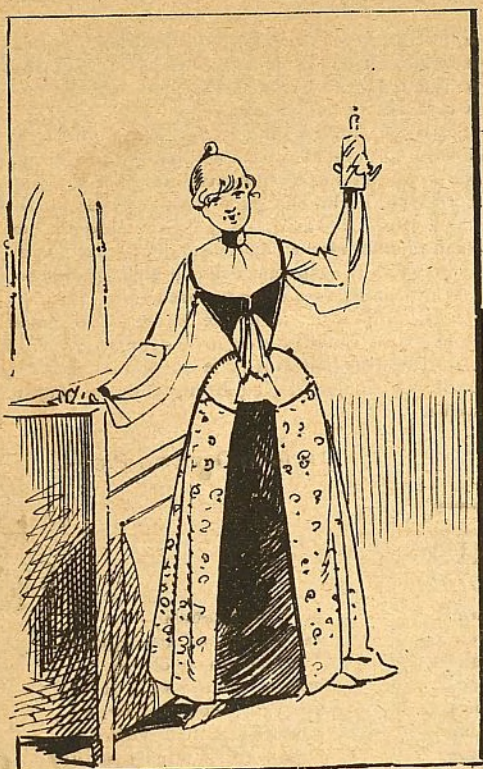
Peral es de mediana estatura, tiene la barba casi negra, el habla dulce y persuasivo; la mirada denota extraordinaria inteligencia. Su conversación cautiva. Cuando cuenta ó narra algo ajeno á su barco, las palabras acuden tardas y premiosas á sus labios. En cuanto comienza á hablar del submarino, los términos, los vocablos y los giros le obedecen como esclavizados, y la claridad con que se expresa y da á entender las cosas más difíciles, es verdaderamente asombrosa. No se le puede hacer objeción ni mostrar recelo á que no dé satisfacción inmediata, resolviendo la dificultad de cuatro ó seis modos distintos. En resumen, la impresión que produce en quien desapasionadamente le escucha es grandísima. Confieso que después de oírle es punto menos que imposible sustraerse á la poderosa influencia que ejerce. Nunca olvidaré la visita que hizo al *Círculo literario*. Entró en una sala llena de gente ingeniosa, burlona, instruida y desconfiada: su situación no podía ser más á propósito para que el ridículo le hiriese. ¡Era tan fácil que un chiste, una frase graciosa hicieran reír á su costa! Calcúlese cuál podía ser la posición de un hombre consagrado á estudios científicos y metido de pronto entre otros hombres en quienes el buen humor y la broma parecen única ley de la vida. Se le hicieron varias preguntas; comenzó á hablar y á los diez minutos, sin que nadie perdiera la alegría ni la gracia, Peral estaba como envuelto en una atmósfera de respeto. Todos comprendimos que era un hombre verdaderamente superior.

Pero aun conservo mejor recuerdo, que el de es-

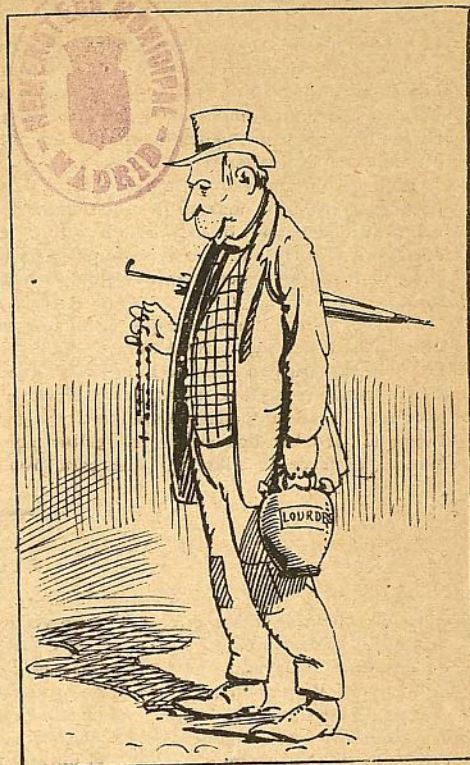
(I) Hoy, que está reciente la ovación que Madrid ha tributado á Peral juzgamos oportuna la reproducción de este artículo, fragmento de una correspondencia de nuestro ilustrado colaborador Sr. Picón á la *Revista Puertorriqueña*.

ROBO POR PARTIDA DOBLE,
POR CARRASCO

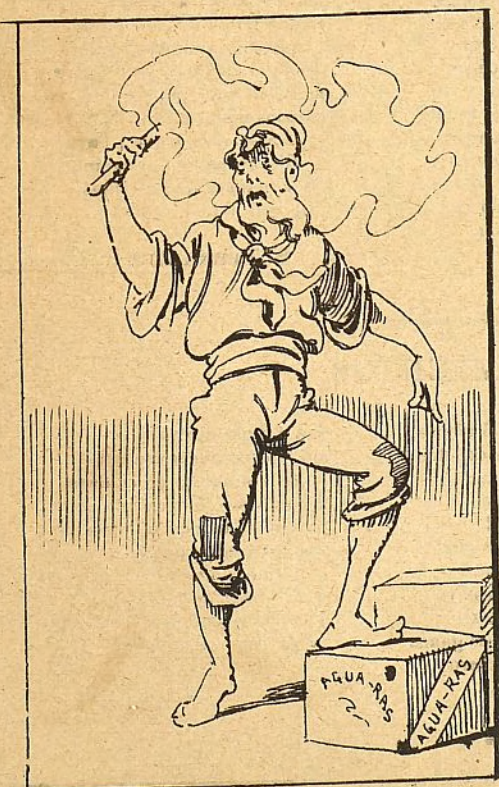
¿QUÉ AGUA GASTAN? POR ESCALER.



Agua de rosas.



Agua de Lourdes.



Agua-rrás.



Agua...ardiente.

ta noche que cito, de las visitas que le hice en San Fernando. Viéndole rodeado de su mujer, que es una andaluza lista, graciosa y fina, y de sus hijos, un niño y una niña monisimos, me parecía ver la personificación de la ciencia moderna, de continuo estimulada por el amor y por la poesía.

Y no se diga que esto es fantasear. Peral podrá haberse equivocado, mas no por eso dejará de ser una gran figura, uno de esos hombres que, como decía Solís de Hernán Cortés, «producen de tarde en tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la Historia.»

Hoy nos parece imposible que el hombre pueda navegar bajo las aguas. ¿Qué hubiera dicho un sabio de la antigüedad si se le hubiese hablado de rasgar istmos y perforar montañas y elevarse por los aires? Cuando el poderoso Carlos I y el temido Felipe II tardaban dos meses en recibir aquí en Madrid noticias de Flandes, ¿qué cara hubiesen

puesto á quien les dijera que sin salir de su alcázar podrían saber por la noche, á orillas del Manzanares, lo que habían hecho sus capitanes aquella misma tarde en Amberes y en Breda?

Se ha censurado mucho á la prensa por haber hablado tanto de Peral. Yo me limito á pensar que si la prensa ha despertado entusiasmo por una gran empresa ha hecho una gran cosa. Y, sobre todo, está el país tan cansado de política mezquina, de literatura enfermiza y de arte raquítico, que cuando halla ocasión de esperanzarse con algo grandioso, enseguida endereza á ello el pensamiento.

Cada uno pone su fé donde quiere. Unos creen en el agua de Lourdes y en los milagros del jesuita D. Bosco: otros ponemos la fé en la conquista del mundo por la ciencia y en el engrandecimiento de España.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

HISTORICO

En un rincón de la Mancha, más que pobre retirado, encontramos enclavado el pueblo de Villalancha; y en ridícula pareja, á la izquierda segun vamos, otro vilorrio encontramos, que se llama Cantavieja.

Con reciproca alegría los vecinos se trataban, y los pueblos se encontraban en la mejor armonía, con el solo inconveniente, que mil disgustos les dió, de que jamás se midió la distancia oficialmente.

Al efecto, se nombraron diferentes comisiones, se hicieron reclamaciones

y proyectos se formaron, que tuvieron las ventajas, despues de bien discutidos, de quedarse convertidos... pues... en agua de borrajas.

En situación tan compleja, al mirarse abandonados, dijeron amostazados: ya verán quien es Calleja; y tres vecinos al punto de Villalancha salieron, y á Cantavieja se fueron á ventilar el asunto.

Puesta ya sobre el tapete (sin discusión prolongada) la cuestión, quedó zanjada en menos de un periquete; pues no queriendo dar tregua, para pronto terminar,

acordaron señalar la distancia en una legua.

El asunto concluido, los tres vecinos salieron y á Villalancha volvieron por donde habían venido; pero con tan mala suerte, que al hacer la caminata un chaparrón se desata, tan abundante y tan fuerte, que, mojandoles la ropa desde el cuello á los tobillos, me puso á los pobrecillos calados como una sopa.

—Si en una legua ¡redíos! —dijo un paleta—llegamos de la manera que estamos... ¡digo, si ponemos dos!

F. BERNALDEZ ROMERO.

DESCUBRIMIENTOS

Un estudioso alemán á fuerza de discurrir, ha llegado á conseguir de la madera hacer pan.

Y se funda en una cosa que la comprende cualquiera: en que tiene la madera gran parte de celulosa.

Sustancia que en el momento que se quiera utilizar, nos puede hacer engordar,

porque es un gran alimento.

Ya buscar el pan del día, no será difícil cosa... ¡Vaya con la celulosa, qué callado lo tenía!

Es dulce como los mieles y será sabroso el pan.

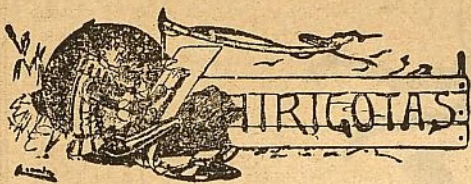
¡Ay, cuantos maestros van á comerse los carteles!

¡Y cuantos al tener ganas, y encontrarse sin dinero,

van á dejar al casero sin puertas y sin ventanas!

Yo conozco á un calavera á quien eso le conviene, porque es manco y como tiene los dos brazos de madera, si es que hambre llega á tener y de comer no halla modo, va á casa, se muerde un codo ¡y ya tiene que comer!...

J. RODAO.



Agradeceremos á aquellos de nuestros corresponsales á quienes hayan sobrado ejemplares del número 162 se sirvan devolvérmolos á la mayor brevedad posible.

Es favor que encarecidamente les suplica

EL ADMINISTRADOR.



Ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica nuestro distinguido compañero en la prensa, don Francisco Peris Mencheta, director de *El Noticiero Universal*.

Es una distinción que el popular periodista debe sólo á sus méritos.

Por ella le manda LA SEMANA CÓMICA su felicitación más expresiva y cariñosa.



Si con señoras hablas,
Juan, no bosteces,
porque á veces el aire
suele escederse
y ciertas cosas
está mal que sucedan
cuando hay señoras.

A. LIMINIANA.



Una noticia importante

La Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París se constituyó en sesión secreta, en su última reunión, para dar lectura de un opúsculo de Mr. Simeón Luce, en que examinaba el siguiente problema: *El gato, ¿era conocido en la antigüedad?*

Los socios de más pulmones
después de mil discusiones
no supieron contestar.
¡Que llamen á los ratones
y les podrán ilustrar!



El gran casino de Infiesto,
al que concurre Leonor,
ha dado un baile en su honor.
¡Bonito se lo habrán puesto!

FELIX MENDEZ.



«La salud del emperador de Rusia inspiró no hace mucho serios cuidados á su familia y á sus súbditos. Temíanse las complicaciones á que su muerte pudiera dar lugar y...»

Si, señor; y entonces tomó un frasquito de la Zarzaparrilla del Dr. Ayer.

Y se puso bueno.

¡Diablo con el Dr. Ayer, que va á dejar en mantillas al inventor del licor *Pum* y al jabón ese de los consonantes en *ongo*!



E. V.—Barcelona.—Si señor, se publicará y probablemente en el número próximo.

D. B.—Jerez. Esta no se publicará en el número próximo. Ni en el otro. Ni en el otro. Ni en ninguno de los que salgan mientras Dios nos siga concediendo el uso de la razón.

F. T. y L.—Sevilla.—No se neta Vd. en eso, créame usted. Se expone uno á salir con las manos en la cabeza y...

Tirteo—¡Diablo! Una de ellas es muy triste, demasiado triste para LA SEMANA. A la otra... á la otra no se le vé la punta.

C. P.—Gijón.—¿Diatribas contra las suegras? ¡*Vade rétro!* G. M.—Madrid.—¿Versitos contra el casero? ¡Guarda, Pablo!

¿Pintará?—Ferrol—No, no ha pintado.

Fatinitza.—Esa sí pinta... De rubor, las megillas de quien la lea

M. R.—Madrid.—Pero, Dios mío, ¿cuándo se convencerán Vdes. de que han pasado ya de moda esas *cuidas* finales?

Vitrualla.—Zaragoza. ¡Válgate Dios por los poetas que creen que

en aquella loma sentada

es verso de ocho sílabas!

J. G. O.—Barcelona.—¡Por Dios! ¡no me manden Vdes. sellos para la contestación! El artículo no aprovecha. El sello... ¿qué hago del sello?

N. M.—Madrid.—Los números atrasados son á doble precio. Los folletos es casi seguro que empezarán á publicarse en Agosto. La composición... no sirve.

M. de Riosco. —No, no es publicable. Por supuesto, que así y todo ¡ya querría yo que todos los versos que aquí se mandan fuesen como los de Vd!

Un muerto.—Barcelona.—¡Dios mío, que sosos se quedan los muertos!

D. D. D.—Valladolid.—Esas cosas deben decirse á la novia en prosa pura y al oído, que es como saben á gloria. Rimadas y desde un periódico... ¡quién!

S. Z. A.—Zaragoza. ¡Vaya si se publicó! Busque Vd. en la colección y verá como la encuentra

Señores cuyas composiciones no son publicables, y á los cuales por falta de espacio, no podemos contestar particularmente: J. P. B., *Mono-sabio*, A. C. A., *Rubicundo Febo*, R. B., L. de M., *Un tranquil*, A. C. y C., *Fray Mundano*, y F. J. P., (Barcelona). F. P. Z., K. K. Tua. L. P., *El de siempre*, F. M., *Fray Rosendo*, J. C., *Un cualquiera*, M. L. C., y *Pata frita*, (Madrid).—M. F. (Sevilla). A. O. (Totana).—J. G. P. (Arenys de Mar). *Alcachofas* (Ceuta). *Bromitas*. (Córdoba).—*Tres cachetes* (Alicante).—P. P. y R. (Ferrol).—*Menda el Escarolero* (Santander).—J. V. (Cartagena) y *Legumón* (Valladolid).

Imp. Militar, Arco del Teatro, 9, pasaje

MODISMOS, POR PONS.



Darse á los diablos.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL
EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPENDICIÓN
DE

La Semana Cómica

EN MADRID
D. JULIAN RODRIGUEZ
Kiosco de la Universidad. — Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL
exclusivamente encargado de la venta

DE LA SEMANA CÓMICA

EN VALENCIA
D. JULIAN PERIS MENCHETA
Calle de Entenza, núm. 40

CORRESPONSAL
DE
— LA SEMANA CÓMICA —

EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO
D. RAFAEL B. ORTEGA
Primera de Santo Domingo, número 12.
MÉXICO

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA

EN GUATEMALA
D. Antonio Partegás
Librería y Centro de Suscripciones.
GUATEMALA

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA

EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA
D. Antonio S. de Bethencourt
Calle del Sur, núm. 4.
CARACAS

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA
DE LA

SEMANA CÓMICA

EN PARIS
Madame Schneider
Kiosco 50. — BOULEVARD MONTMARTRE

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA
DE

LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS
MADAME LEMAITRE
Kiosco 34. — Boulevard des Italiens

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA
Señora Viuda de Pozo é Hijo
Galería Literaria

Calle del Obispo. 55. — Librería
HABANA

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.
Colaboran en él los mejores literatos y los mas
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.	"	2'50 "

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3. 1.º — Barcelona
Despacho, todos los días laborables de 2 á 4 tarde